

«DE DIOS», DE GARCÍA CALVO ⁽¹⁾

MANUEL LIZCANO

LA noticia es doble, y además es importante por los dos lados. Agustín García Calvo ha escrito un denso tratado de teología. A renglón seguido, supongo que tranquilizará a muchos saber que se trata de una teología heterodoxa. Por mi parte, quisiera saludar la aparición de este sistema de ideas sobre el fenómeno divino pensando también en voz alta -en letra alta, en público- por qué aprecio esa doble importancia, a la fuerza contradictoria. Por lo pronto, tengo por evidente un hecho que es un síntoma. A menudo me he referido -en mis cursos, en mis escritos ocasionales- a la llamativa contraposición del fondo desde el que emergen Nietzsche y Unamuno.

Se desarrollaba entonces el conciso lapso que da de sí una generación. (Una generación de las de verdad, biológico-social, de 25 años). En ella, a ambos filósofos, aunque Nietzsche figurase entre los mayores y Unamuno entre los más jóvenes, con veinte años de diferencia, les correspondía alcanzar la madurez creadora, la de sus 50 años, en torno a 1900. Pues bien: mientras la farisaica, filistea burguesía cristiana -en especial, protestante- de la Alemania de fines del pasado siglo, no merecía encontrarse más que con la “zaratustriana” réplica del “Dios ha muerto”, por el otro lado de Europa este paradójico y maltrecho catolicismo popular español de los tiempos del concilio Vaticano I iba a darnos a Unamuno. En otras palabras, la reactualización, tanto de nuestra gran tradición culta, del pensamiento, la mística y el arte, como de la gran tradición familiar cristiana del pueblo. Y todo ello precisamente en plenas vísperas de nuestra mutación colectiva de 1936.

Algo análogo sospecho que podría estar repitiéndose en la actual experiencia religiosa de García Calvo. (Tampoco su caso sería ya excepcional). Un replanteamiento radical semejante está sobreviniendo por varias direcciones. Una de éstas, sin ir más lejos, la sigue la producción reciente de Eugenio Trías. Más al fondo, pienso yo, sin salir del estricto camino filosófico, ahí están, por ejemplo, las últimas obras de Enrique Pajón. Y no digamos, toda María Zambrano. Y no hay que decirlo, en la cúspide, universal por su eminencia, de esta cordillera española en formación ante nuestros ojos, que se cifra en Xavier Zubiri).

Agustín García Calvo parte de una hipótesis experiencial que comparto plenamente. Que nunca soy yo uno sino dos. (Y como él mismo razona, que no hay dos sin tres.

(1) “De Dios”, Agustín García Calvo, Edit. Lucina, Zamora, 1996.

Aunque lo decisivo aquí sería lo de Juan de la Cruz: que Dios y el hombre no hacen dos). El caso es que adentrándose por estos vericuetos de lo indecible de Dios, de lo “apofático” en que se nos da la experiencia de ab-soluto, de la íntima presencia de quien *está* ahí, ante mí y en mí, suelto de toda determinación, eso inefable de lo que no podemos dejar de hablar, García Calvo atraviesa las lindes mismas de los textos de la evangelidad de Jesús y llega al centro de la sabiduría: que el que se obceca en salvar su vida la pierde, así como la gana el que elige echarla a perder por construir la nueva humanidad, la sobrehumanación del hombre. Creo que no llega nuestro autor al deslumbramiento paulino del “todo me está permitido”, consecuencia de aquello de que lo que nos hace libres es la verdad sapiencial que está declarándonos el ab-soluto, cuyos hijos resulta que también a modo filético somos los libres. Me parece que “De Dios” no llega hasta ahí. Pero se le queda cerca. Y eso, cuando cualquiera diría que ya nadie puede escapar de la prisión o el imperio de la “coca-cola”, no tiene precio.

Sin embargo, tengo el Dios que “De Dios” descubre por todavía demasiado humano. Aún, o una vez más: tanto da. Lo bueno, insisto, es que al mismo tiempo en que Dios se le ha muerto a casi toda la sociedad europea y estadounidense, en cambio por estos pagos hispánicos de España, Iberoamérica, Filipinas, o los hispanos de Estados Unidos, aún queda mucha, pero mucha gente a quienes de muy diversas formas el ab-soluto se les transparenta en su íntimo y comunal ab-solutecimiento cotidiano. O que se lanzan a buscarlo medio desenfadada medio desesperadamente, como hace García Calvo. A bofetada limpia con los famosos iconos o ídolos o simulacros del ab-soluto que son todas las máscaras festejadas del Dios-contra Dios: el Dinero-Capital, la Realidad-Ciencia, el Poder-Estado de dominación.

Pero ya digo: este concreto descubrimiento de Dios lo veo todavía demasiado humano, por la razón de que se presenta ya anacrónico. Nada menos que decimonónico. Hoy en día, transcurrido todo el irreversible siglo XX y lo que ha llovido, incluidos Juan XXIII o Gorbachov, hace falta tener humor para tomarse en serio el catecismo del Sr. Astete. Yo, sinceramente, apenas conocía a nadie que considerara eso, a estas alturas, característico de la fe que vive la multitud cristiana.

Pues lo ya vivo y verdadero nuestro son las consecuencias del drama soterrado de la izquierda cristiana durante la posguerra civil española; del posterior de su hija, la teología de la liberación iberoamericana; del concilio Vaticano II; del callado semillero proliferante de pequeños movimientos cristianos “desde abajo”, unas veces populares y otras universitarios - pero ya digo, excluido todo lo integrista o reaccionario-; de la portentosa construcción filosófica que nos ha traído la noología racional de Zubiri. Hasta venir a dar en la efervescencia de una juventud que se moviliza por las “oenegés” o el “0’7%”; o que admira las curiosas heroínas y héroes, tanto religiosos como laicos, e incluso “cascos azules” pacificadores, que de golpe sabemos que se juegan la vida, o casi, por “el otro” en África o América centrales, en Bosnia, en el desierto de los Monegros sin ir más lejos, en medio mundo.

Tampoco hay que exagerar, desde luego. Ni todo el monte es orégano ni falta que hace. Pero algo se mueve, como dicen los políticos, “en la buena dirección”. De modo que la herencia del ateísmo anticlerical que el siglo pasado tiñó con sus malos sueños ideológicos la épica -como de otros tiempos fabulosos- de nuestro movimiento obrero libertario, ha dejado de corresponder a lo que ahora nos pasa a los españoles. Venimos de un tiempo en que religiosos y antirreligiosos andaban desorientados dando palos de ciego. Luego nos hemos enterado de que quien llevaba unos milenios pidiéndonos relaciones, y pocos se habían enterado, no era un Dios-Ser, ni un Dios-Principio, ni un Dios-Poder o un Dios-Opulencia sino el ab-soluto, el que lo es todo bajo la forma de no ser nadie, el ab-soluto bondad, el ab-soluto fundamento, el absoluto desvalido, entrañable, que nos pide ayuda. Y siempre con minúsculas.

Claro que más lejos todavía nos queda el arcaico Dios Dualista, de Mani, o el del Zaratustra auténtico, el avéstico: que ambos se confundieron extrapolando a un mero Dios de imaginario la verdad eje de la sabiduría: que el bien y el mal se dan sólo en la libertad del hombre. Que sólo están en nuestra propia y libre bifurcación opcional constitutiva. Mientras que el Dios que ya se nos ha actualizado en la presencia más *suya* que nunca toparon los ojos interiores humanos, es ése de la otra cara anterior del libro de García Calvo. El de la delicada confianza que el autor pone en el Jesús que, desde cada vida humana, salva la verdad del hombre que se “bienaventura”, el hombre o la mujer que su vida la pierden “por gusto”: porque deciden gratis correr con el riesgo de hacer de sí un sobrehombre. De hacer de esta cloaca de sociedad, a cada día, a cada momento, en medio de la jauría de los lobos-de-hombre enmascarados, un mundo de libres, de hijos de ab-soluto.